

DOS HIJOS DE BETANZOS HERMANADOS CON VIVERO

Betanzos de los Caballeros y el Vivero de los hombres ilustres, van a abrazarse hoy en la bandera blanca de estas cuartillas, como el río y el mar en los peines arcados de sus puentes. Vayan dos hijos ilustres de la antigua «Flavium Brigantium», dignos de figurar al lado de los Andrades y de la sangre noble de los «mariñáns»:

DON GÓMEZ PÉREZ DAS MARIÑAS

Nació en Betanzos, según afirma el P. Segúin, el doctor Morga, el P. Retana y otros muchos, por más que el entusiasta señor Noya lo creía natural de Vivero. Casó en segundas nupcias con la ilustre dama vivariense doña María Sarmiento, fundadora del «Ilustre Colegio de la Natividad» de Vivero (año 1563), y de su persona hace esta breve semblanza Vasco da Ponte:

Era «hombre mui disposto, hermoso de corpo e jesto, gentil hombre mui solto, el mayor justador que en su tiempo hubo en Castilla: probóse cuando venció en la justa a un mui gran alemán que ya corriera toda España, y allí ganó la estrella por arma...»

Muchas fueron sus valerosas hazañas, por lo cual, después de haber desempeñado muy honrosos cargos, fué nombrado por Felipe II, virrey, gobernador y capitán de las Islas Filipinas, cuando acababa de dársele el nombramiento de corregidor de Murcia. Concediósele, previamente, la merced de caballero de la Orden de Santiago y llegó a Filipinas el 31 de mayo de 1590. Bien ganada tenía tan alta distinción, ya que —como escribe el P. Retana— «Dasmariñas tenía fama de enérgico y valiente: así lo había probado contra los moros durante los tres años que tuvo a su cargo la defensa de la costa que antes había corrido de cuenta del famoso Marqués de Vélez».

Muy digno de memoria es el gobierno del inteligente y honrado brigantino, el cual unió la bondad y la astucia con el valor y la energía, mereciendo por sus virtudes y comportamiento el hermoso dictado de «Padre de la Patria». Desgraciada fué su expedición al Maluco, que pretendía someter por sí mismo, porque en la noche del 19 de octubre de 1593 fué asesinado por los chinos, mientras dormía rodeado de traidores. No fué el gobernador la única víctima de la traición sino cuantos españoles le acompañaban en la galera y a los cuales sorprendieron cuando estaban entregados al sueño; de ellos solamente se salvaron los que pudieron hacerlo a nado. He aquí como se expresa don Antonio de Morga:

«El gobernador, quando sintió el ruydo dentro de la camara, entendiendo que la galera garrava, y que la chusma abatía la tienda, y tomava los remos, salió a priesa descuydado; y descubierta la cabeça por el escotillon de la cámara, aguardavanle allí algunos chinos, y con vna catana le partieron la cabeça: cayó así herido por la escalera dentro de la cámara; de donde los criados que dentro tenía, le retiraron a la cama y luego murio». (Conservamos sin alterar la ortografía.)

Sucedió en el mando a este ilustre gallego, su hijo don Luis, natural de Vivero, y que había desempeñado en España muy importantes cargos. Este vivariense trató de vengar la muerte de su padre persiguiendo a los asesinos que huyeron a Cochinchina, y andando el tiempo, fueron algunos de ellos aprehendidos y ajusticiados.

Sabido es el fin trágico de este heroico vivariense que murió peleando, con las piernas quebradas y de rodillas hasta que sucumbió al número.

Betanzos y Vivero, don Gómez y don Luis, perduran en tan lejano continente donde, todavía, un pueblo lleva el glorioso nombre de «Pérez das Mariñas» y, a la memoria del padre y de su hijo, se dedicó una calle en Manila: cartelón de piedra que pregona el valor y la presencia de Galicia en el moteado de tan apartadas Islas.

ANTOLÍN FARALDO

Pasar de don Gómez a los Faraldo y de un aguerrido virrey a las plumas del pasado siglo, es saltar de un trampolín renacentista a un escenario romántico: magnífico colorido que prueba la variada vitalidad de los hijos de Betanzos.

Nació nuestro biografiado en la ciudad del Mandeo, y de sus ascendientes escribe Murguía, en «Los Precursores»: «Pertenece a una familia de escribanos listos y activos, fáciles y avezados a las travesuras del oficio. La curia de Betanzos merecía bajo este punto de vista, como la de Noya, la fama de que gozó en todo tiempo. Esto, no obstante, el padre de nuestro escrito no logró mayor fortuna».

Dos hermanos más tuvo Antolín Faraldo, y los tres habían de amasar gratos recuerdos en la artesa de la posteridad. De estos hermanos, Antolín y Tiburcio, estudiaron en el colegio de la Natividad que —como hemos anotado— había sido fundado por la esposa de don Gómez y ahora volvía a hermanar las dos ciudades de las Mariñas gallegas. No fué este el único lazo amoroso que les unió con los vivarienses, porque habiendo marchado los Faraldo a Santiago, entablaron honda amistad con el ilustre hijo de Vivero don Vicente Cociña, cariño fraternal que duró mientras vivieron.

Vicenti, en un número de «La Ilustración Gallega y Asturiana», nos informa que tanto Cociña como los tres Faraldo, concurrían en Compostela al famoso Ateneo, sito en el segundo piso del que fué convento de San Martín y al cual asistían don José R. Carracido, el doctor Amigo, Valenzuela, los hermanos Gil, Romero Ortiz, Dominguez, Añón, Posada, Montes y otros muchos.

Nuestro brigantino dedicóse de lleno a los estudios sociales que compaginó con sus creencias religiosas y demócratas, en forma tal, que afirmaba que «la fraternidad cristiana, base de la sociedad futura, penetró en todos los corazones como un principio eminentemente social y civilizador». Sostenía que el remedio estaba en el Cristianismo, el cual haría de la tierra un verdadero paraíso el día que fuese comprendido de lleno. Y en 1841 —un año después de que el vivariense Pastor Díaz publicó sus poesías— rompió Antolín lanzadera de pluma con notables artículos defendiendo sus doctrinas sociales en *El Idólatra de Galicia*, y a estos siguieron otros en el famoso *Recreo Compostelano*.

Otro aspecto de Faraldo lo es su amor a Galicia y el empeño de ensalzarla hasta el punto de hacer de ella una patria. Acertado o no, moviase a impulsos de los más nobles sentimientos y al calor de fogosos entusiasmos. Podemos ambientar este momento con las siguientes líneas de Carré Aldao: «En aquellos gloriosos días [1840] en que se vislumbraba un risueño amanecer para nuestra infortunada tierra, la juventud generosa de aquella época, de la que era el alma Antolín Faraldo, aviva el sacro sentimiento de la patria gallega, comenzando la «grande obra», como le llamó Faraldo, de la reconstitución de nuestra nacionalidad. La asamblea de Lugo, celebrada en 1843, fué el primer paso gigantesco dado en ese camino, y en ella, a propuesta de Faraldo, se pretende poner a discusión si Galicia debe o no ser independiente».

En este aspecto es Faraldo la primera figura de su tiempo, él comprendió medularmente los problemas gallegos, la postración en que se hallaba Galicia, los remedios necesarios para levantarla y, por un ideal de esta índole, peleó valientemente valiéndose de cuantos medios tuvo a su alcance. Aquel depósito de dinamita de entusiasmos que se ocultaba en la mina de su pecho, inflamóse un día y estalló en rebelión estruendosa. Aparece, entonces, firmando, como secretario, una famosa proclama fechada el 15 de abril de 1846 y publicada por la *Junta Superior Provincial de Galicia*. Refiriéndose a este momento, el señor Murguía comenta que tres hombres inútiles para el país no acertaron a dirigirlo, ni supieron aprovechar los elementos que la suerte puso en sus manos; y añade: «Todo se había perdido en la funesta tarde del 23 de abril de 1846, cuyo ocaso se iluminó con los más vivos resplandores».

Tiempo es ya de dar salto al final. Nuestro joven entusiasta, fracasado e incomprendido, marchó lejos del terruño y, en mayo de 1846, aparece emigrado a Portugal donde se consideraba que vivía como en su propia casa. Demócrata y liberal fué director de «La Europa», publicación de muy corta vida pero la suficiente para poner de manifiesto las excepcionales dotes de nuestro escritor, calificado por Murguía de verdadero Paul Louis Courrier español.

Vivero y Betanzos seguían hermanados en sus hijos, lejos de Galicia, donde fundaron *El Oriente*, redactado por Tiburcio Faraldo y por los vivarienses Luis Trelles y Vicente Cociña, estudiados recientemente en un folleto nuestro y editado por el Ayuntamiento de Vivero. Vidas azarosas las de este «trípode» de gallegos, y no menos bohemia la de Antolín que, llegado a la plena madurez como escritor, fué corredor de mil caminos bajo los fuegos del cielo africano y los azules de Levante. Cádiz y Málaga, Córdoba y Sevilla gustaron de su pluma, y allí sonrió al amor y a la vida que habían de abandonarle tan pronto ¡para siempre!

Cociña y Antolín Faraldo, tan hermanados en vida lo fueron también en muerte, porque, perseguidos y fugitivos, fueron a morir bajo las alas de los ángeles de Córdoba, donde duermen en sombras y en olvidos (1), por más que de Antolín haya escrito Murguía estas palabras: «Así cayó el primero y el mejor, lejos de su país, en la indiferencia y el olvido de los suyos. Nuevo Moisés, no logró ver la tierra de promisión».

ENRIQUE CHAO ESPINA

(De la Real Academia Gallega.)

(1) Antolín Faraldo hállase sepultado en la ciudad de Granada, donde falleció el día 11 de mayo de 1853, figurando en su humildísima tumba el siguiente sencillo y expresivo epitafio: "Sicut abis [sic], sicut nabis [sic]. sicut umbra. Antolín Faraldo, eminente escritor liberal". (Datos facilitados por los deudos de aquel egregio betancero, residentes en esta localidad). — Nota de la Dirección.